Iowa Research Online
The University of Iowa's Institutional Repository

Division of World Languages, Literatures & Cultures Publications

5-1-2008

Muñoz Molina, Sebald, y la identidad desheredada de Europa

Luis Martín-Estudillo
University of Iowa

Copyright © 2008 Luis Martín-Estudillo

Ínsula 737 (2008): 8-10.

Hosted by Iowa Research Online. For more information please contact: lib-ir@uiowa.edu.

Aunque mi cuerpo caiga doblemente desnudo
en ese traje roto que luego es un poema.

La imagen que dibujan estos versos es asombrosa y básica para la comprensión de toda una poética: el cuerpo *cae*, es atrapado, «doblemente desnudo» (el desnudo de la piel y la piel del lenguaje) en el «traje roto» del lenguaje, en el poema que muestra las grietas, las cosas que arrastra el aire, las «lluvias» y las «tristezas heridas». En el último poema de *Contradicciones, pájaros*, «El espejo de los espías», «el lenguaje/ acaba también siendo un animal/ herido». En este sentido, el poema sólo puede ser un traje roto que reciba la caída del cuerpo sin dejarle la posibilidad de la ilusión, precisamente porque está roto, a la intemperie, «flotante». Este último término lo tomo prestado del ya mencionado prólogo al libro *Contradicciones, pájaros*, donde Juan Carlos Rodríguez define la escritura de Ángeles Mora como una «escritura nómada» (Rodríguez, 2001:15) y precisa: «No se renuncia a la vida, pero hay que ser consciente de que se vive en el desierto» *(ibidem)*. No por casualidad el libro siguiente a *La guerra de los treinta años* se titula *La dama errante* (1990), el nuevo nombre si queremos de «la chica de la maleta».

¿Dónde vive el sujeto cuyo cuerpo —un cuerpo de amor, aunque este amor *caiga* hacia el aire que «arrastra» y no se *eleve* al aire que «lleva»— «doblemente desnudo» acaba de caer en el traje roto «que luego es un poema»? Vive justamente «entre estos blancos pliegues olvidado». Pero es posible imaginar otros pliegues: los pliegues del interior de la maleta, entre los cuales se cuela el naufragio, materializado como un objeto más. Nuestro sujeto, muy lúcido e inteligente —como el que en «Aguja de navegar amores» avisa: «Y si quieres navegar/ coge, niña, la aguja/ de marear»— vive en la escritura nómada, se va del jardín:

Aunque otro sueño baje su luz por la almohada
y ya no te despierte mi voz en el jardín.

El último verso da la clave del poema. La voz dejará de sonar en el jardín porque la chica se ha ido con este objeto que no se nombra nunca en el poema, sólo en el título. Con su maleta repleta de cosas que duele mirar. Es el inicio de un viaje y de una transformación, ya que el poema se titula precisamente «La chica de la maleta». Es decir, la chica inseparable de su maleta, de su equipaje que ya hemos visto de qué puede estar compuesto. Aunque no sabemos adónde se ha ido, podemos conjeturar que en busca de un refugio, un refugio que bien pudiera ser una habitación de hotel como la que pintara Hopper en 1931. En su conferencia sobre este cuadro, Carmen Martín Gaite explica que el papel que la joven mira con melancolía es, según el testimonio de la mujer del pintor americano, una guía de ferrocarriles. Y llegamos así, para continuar el viaje imaginario de «la chica de la maleta», a una posible estación y a una fotografía de 1980, «Gare d'Austerlitz» de Bernard Plossu, que a mí me hizo pensar desde que la vi en el poema de Ángeles Mora, y en la que aparece en primer plano una chica en medio de la estación. A su alrededor hay un círculo vacío; al fondo, los viajeros se agitan apretujados, con prisa, o esperan con impaciencia. Están lejos, muy lejos de ella. Calzada con zapatos de tacón, ataviada con una maleta, un bolso y una gabardina, la chica se lleva una mano a la frente, en un gesto de tranquilo desconcierto. Parece no saber adónde ir y sin embargo ha llegado hasta ahí y espera iniciar un viaje a alguna parte. Para mí, «La chica de la maleta», «Habitación de hotel» y «Gare d'Austerlitz» tienen un «aire de familia» y narran la historia de una ausencia. Alguien está ausente del poema, del cuadro, de la fotografía, al mismo tiempo que los cuerpos de las mujeres que los habitan se construyen en la frágil oscilación presencia/ ausencia. Entre los blancos pliegues. En la escritura nómada. En los objetos que caben en una maleta.

Pero hay otro viaje que se insinúa en «La chica de la maleta»: el viaje hacia «ese traje roto que luego es un poema». Volviendo al «naufragio/ entre estos blancos pliegues olvidado», cabría tal vez considerarlo también como algo que el personaje poético olvida deliberadamente, en un intento de dejarlo fuera de la maleta. Sin embargo, sabemos que casi siempre los naufragios se cuelan en cualquier maleta, se instalan quizás en los pliegues, y desde ahí recuerdan que es imposible olvidarlos. Tenemos entonces varias posibilidades: el naufragio dejado, olvidado entre los pliegues de las sábanas, de la maleta, del papel. Pero hay algo más, ya que este «olvido» deliberado responde a un magnífico juego de espejos e identidades: en la misma urdimbre del poema se construyen «la chica de la maleta» con su naufragio y el «yo» que transforma este naufragio en materia poética, «en ese traje roto que luego es un poema.».

Bibliografía citada

CROS, Edmond (1986). *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos.

MARTÍN GAITE, Carmen (2001). *Nubosidad variable*, Barcelona, Anagrama-Salvat.

MORA, Ángeles (1995). *Antología poética (1982-1995)*, Granada, Diputación de Granada, «Maillot Amarillo».

— (2001). *Contradicciones, pájaros*, Madrid, Visor.

— (2007). «La vida con su *no*», *Ínsula*, 730, homenaje a Elena Martín Vivaldi, pp. 21-23.

MUÑOZ, Luis (1995). Prólogo a Ángeles Mora, *Antología poética (1982-1995)*, Granada, Diputación de Granada, «Maillot amarillo».

RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1999). *Dichos y escritos (Sobre «La otra sentimentalidad» y otros textos fechados de poética)*, Madrid, Hiperión.

— (2001). «Ángeles Mora o la poética nómada», prólogo a Ángeles Mora, *Contradicciones, pájaros*, Madrid, Visor.

I. G.—UNIVERSIDAD DE GRANADA

LUIS MARTÍN ESTUDILLO / MUÑOZ MOLINA, SEBALD Y LA IDENTIDAD DESHEREDADA DE EUROPA

El creciente énfasis en las nociones de integración e identidad europeas se ha superpuesto a las realidades de exclusión que predominaron en el continente hasta tiempos recientes, y que aún hoy subyacen de forma más o menos patente a las retóricas de apertura o «tolerancia» hacia el otro que se presentan institucionalmente como un valor civilizatorio fundamental. Ello se percibe, por ejemplo, en las siguientes palabras redactadas al alimón por dos muy destacadas figuras europeas de las esferas intelectual y política: «Más que nunca, Europa es una idea nueva [...]. En esta Europa se trata de asumir nuestra identidad y nuestra raíz para enriquecer el viaje. En nuestras manos está el saber prestar atención a cada uno sin olvidar las preocupaciones de todos en conjunto, fieles al ideal humanista. Tenemos claro que esta revolución solo podrá sustentarse en el respeto, en la tolerancia y en la fraternidad» (Semprún y Villepin, 2006: 10). Pero la cuestión de una identidad europea que pudiera generarse a modo de denominador cohesivo de las culturas que conforman esta variopinta región del mundo presenta varios problemas. Uno de los principales es el de intentar adscribir un significado homogéneo a tal identidad, según el cual aquello que uniría a los europeos sería la igualdad de este colectivo con cierto ideal prefijado de y por sí mismo, y cuyo necesario reduccionismo implicaría inevitablemente un componente de alienación, con independencia del espíritu de benigna y extensiva inclusión que lo guiara. Otro problema, unido al anterior, es el que supone el protagonismo de los estados-nación en la configuración de esas nociones identitarias, con lo que se tiende a la omisión o el descuido de las complejidades culturales (históricas, lingüísticas, religiosas, etc.) ocultas bajo el grueso y abarcador manto de los diferentes Estados europeos. Tal protagonismo estatal todavía supera con amplitud la influencia sobre el imaginario que pueda tener una Unión Europea percibida mayoritariamente como un entramado burocrático.

Con todo, se suele ostentar este esfuerzo de moldeado o conceptualización de una identidad europea común como si se tratara de una herramienta precisa e indiscutible que contribuirá decisivamente a superar y evitar la recurrencia de las divisiones internas que condujeron a los devastadores conflictos del siglo pasado, considerados desde esta nueva perspectiva como «guerras civiles» europeas. Por ello, dicho empeño ha de pensarse en conjunción con un elemento histórico que subraya la necesidad de llevar a buen puerto el ambicioso proyecto de asociación pacificadora que siguió a 1945, el cual constituye, asimismo, un poderoso signo de comunión entre sus pueblos y un recordatorio de los peligros inherentes a las doctrinas identitarias. Se trata —casi huelga decirlo— del dolor que

algunos de sus aparatos estatales infligieron a un gran número de ciudadanos al poner en práctica, precisamente, políticas de identidad que hoy consideramos execrables. Entre ellas sobresale la aspiración fascista de alcanzar una Europa unida y homogénea que habría de superar la debacle que supuso la Gran Guerra. Este designio, cuya realización acarreó consecuencias tan conocidas como infames, constituye el antecedente más claro y tangible de lo que hoy se presenta como un proyecto de inmaculado sesgo liberal, aunque esto tienda a obviarse en la gran mayoría de los debates actuales sobre el tema.

Esta problemática fundamental en los órdenes social y político ha calado también en el artístico. En la producción literaria reciente destacan dos obras que están llamadas a perdurar como reflexiones cardinales a la hora de imaginar y criticar la integración cultural del continente y las políticas identitarias que se asocian con tal proyecto supranacional. Ambas hacen gala de un tratamiento simbólico que consigue llegar más allá del extenso tejido testimonial de los supervivientes (el cual constituye una auténtica arqueología íntima del drama europeo) y queda al margen de la solemnidad usualmente vacua de las abstractas apologías oficiales que, de un tiempo a esta parte, han copado buena parte del debate político. Publicadas casi simultáneamente nada más cruzarse el umbral que dejaba atrás el catastrófico Novecientos, las novelas *Austerlitz*, de Winfried Georg Sebald, y *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, profundizan en la idea de una identidad europea forjada a partir de la experiencia de las víctimas de los regímenes políticos que marcaron sus décadas centrales basándose en unos principios muy próximos, que trataré de dilucidar en estas páginas. Ambos autores trabajan partiendo de la evocación de episodios reales o ficticios que se narran desde una sugestiva y cabal comprensión de los eventos que marcaron la historia reciente del continente. Mientras Sebald se precipita en el pasado a través de la exhaustiva exploración que un tal Jacques Austerlitz lleva a cabo de sus propios orígenes, obliterados como consecuencia del conflicto de 1939-1945, Muñoz Molina lo hace por medio de la recreación de las vivencias de un grupo de personajes entre los que en principio no existe una conexión aparente. En último término, los dos dirigen su atención hacia la experiencia judía de exclusión y exterminio como epítome de una identidad europea desheredada, algo que resulta especialmente significativo cuando por doquier se escuchan voces que reclaman la afirmación de los «valores cristianos» en la negociación de lo que ha de significar Europa, al mismo tiempo que se silencia la huella totalitaria trazable en la trayectoria de su programa unificador. Dicho énfasis en el sufrimiento hebreo, unido a la exploración de otros temas que se solapan con él (como el del desarraigo o la alteridad) dejan entrever su gran cautela ante la noción de identidad europea, debido en principio a los abusivos antecedentes que la manchan más o menos visiblemente, y abogan por una concepción extremadamente laxa de la misma basada en ideales de cosmopolitismo e historicidad.

Antonio Muñoz Molina

Albaceas de la herencia

Con el término «historicidad» me refiero a un conocimiento del pasado que facilite y propugne un desarrollo éticamente consecuente de los proyectos cívicos (entre ellos, el de integración europea que actualmente se perfila). Precisamente uno de los personajes históricos mencionados por Muñoz Molina en *Sefarad*, Walter Benjamin, sostiene en la sexta de sus tesis «Sobre el concepto de Historia» que «articular históricamente lo pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido». Consiste, más bien, en adueñarse de un recuerdo tal y como brilla en el instante de un peligro» (la traducción es de Reyes Mate y figura en su glosa del texto benjaminiano *Medianoche en la historia*). Como si escribieran bajo el signo de esta reflexión, Muñoz Molina y Sebald tejen sus narraciones abordando los testimonios que recrean desde la conciencia de la frágil vitalidad que tienen los mismos en el momento presente. Para resaltar la inminente discontinuidad que acecha esta experiencia, ponen ante los ojos de los lectores unos personajes que envejecen sin descendencia alguna a la cual contar sus historias y las de sus predecesores, al mismo tiempo que destacan el proceso de transmisión de vivencias y meditaciones que da forma a sus respectivos textos. Uno de los narradores de *Sefarad* hace explícito el hálito que mueve la novela cuando recibe de un anciano amigo el «legado» de su memoria (484), que es el de «la inmensidad de los muertos sepultados y olvidados en toda la anchura de Europa. Le parece, me ha dicho, que los muertos le hablan, le exigen que dé testimonio de lo que vivieron y sufrieron» (483). Para el Austerlitz que Miguel Sáenz traduce magistralmente, se trata de dar cuenta de «las huellas del dolor que... atravesaban la historia en finas líneas innumerables» (17-18), una de las cuales es su propia biografía, cuya penosa reconstrucción narra a su interlocutor alemán en una serie de encuentros diseminados a lo largo de tres décadas.

De ahí que me refiera a una *identidad desheredada:* con la desaparición de aquellos que padecieron directamente los trágicos vaivenes de esa reciente historia, a lo que ha de unirse la conmemoración —con claros tintes de clausura epocal— de esas víctimas a lo largo y ancho de Europa (reconocimientos que se han convertido *de facto* en condición ineludible para la admisión en el concierto político occidental, como señala Tony Judt), la experiencia de esas comunidades de sufrimiento y resistencia se disipa en el marco cívico cotidiano hasta convertirse en objeto de estudio de historiadores profesionales y amateurs: «... nada de eso está perdido todavía en la desmemoria absoluta, la que cae sobre los hechos y los seres humanos cuando muere el último testigo que los presenció, el último que escuchó una voz y sostuvo una mirada» (*Sefarad*, 194). «Todavía» no se ha perdido, pero de ambos proyectos narrativos se infiere que la captura de este espíritu en vías de extinción resulta especialmente perentoria ahora que van desapareciendo los supervivientes de las más funestas políticas totalitarias y, con ellos, los últimos portadores de la gran memoria cultural de la diáspora judía en Europa.

Los limbos del ser

Ambas miradas a la historia íntima de la tragedia europea que subyace a la presente dinámica de integración se orientan desde la periferia, sugiriendo quizás que *das Herz Europas* es todavía incapaz de abordar en un sentido profundo los orígenes y las consecuencias del horror que engendró. Así, aunque el narrador de *Austerlitz* es alemán, nos hace saber que lleva tiempo viviendo voluntariamente fuera de su patria («un país natal... que se me había vuelto extraño», 38), y la voz que en realidad da forma a la mayor parte del relato es la del propio Jacques Austerlitz, un judío de Praga que a la edad de cuatro años fue transferrado a un remoto paraje de Gales con el fin de eludir el exterminio nazi. Jacques creció con otro nombre, sin tener clara conciencia de sus orígenes, y el tormento de su identidad difusa progresó en su edad adulta, llevándolo hasta un colapso mental que marca el centro de la novela y el inicio de sus pesquisas sobre «la vorágine del tiempo pasado» (131). En *Sefarad*, el relato coral se escenifica inicialmente en el apéndice europeo que es España, abundando en esos rincones de provincias donde el tiempo parece haberse detenido y que son una constante en gran parte de la obra del autor. Mas Muñoz Molina no tarda en llevarnos hasta Estonia o Rusia, o a esos «lugares españoles lejos de España» (153) descubiertos en ciudades en principio tan distintas como Tánger o Nueva York, de las que sin embargo resulta imprescindible destacar que comparten una fuerte herencia sefardí que resulta simbólicamente clave en el libro. En esta *novela de novelas*, como reza su subtítulo, también se plantea la participación secular de España en la constelación europea de exclusiones; el autor parece insinuar que ahora que la nación se considera positivamente «integrada» en los destinos del continente, debería ser también el momento en el que se revisen, con todas las consecuencias, cómo se han solapado —y alimentado mutuamente— los peores capítulos de sus respectivas historias. De ahí que entre los personajes que aparecen en sus páginas figuren un nazi retirado en la costa del país, miembros de la División Azul, judíos sefardíes, o republicanos confinados en campos de concentración al principio de su exilio.

De este modo, el título cobra especial sentido, pues esa Sefarad a la que alude va mucho más allá de los confines físicos de la España o la Península Ibérica que los judíos llamaban así. Tampoco es una referencia limitada a la diáspora hebrea que siguió a la expulsión de 1492, cuyas huellas se sienten también con fuerza en la novela. Como espacio espiritual, Sefarad simboliza ante todo el que uno confronta tras abandonar su costumbre u hogar habituales al ser expulsado por una fuerza mayor, ya sea ésta un Estado totalitario, una comunidad excluyente, una enfermedad, o la muerte. Lo que se predica de alguien «inquieto pero aún no del todo aterrado, habitando todavía una vida normal de la que cuando salga de aquí se acordará como del país nativo al que ya no puede volver nunca» (272) es el caso de la mayoría de los personajes que aparecen en las distintas historias que componen la novela de Muñoz Molina, y no en menor medida el de Jacques Austerlitz, quien fuera «un niño apartado de la noche a la mañana de su vida habitual» (230). En las dos obras, éste es un desamparo al que se accede con la violencia de un *destierro*, palabra con la que significativamente se clausura la última de las dieciséis narraciones que componen *Sefarad*. El destierro es, por supuesto, tanto el lugar en el que el desterrado pasa a vivir tras su expulsión como el tiempo durante el cual la sufre y la penosa condición que carga como tal. En ambas novelas queda condensado simbólicamente mediante la

profusión de espacios inhóspitos, poco o escasamente acogedores que en ellas aparecen. Al referirse a Terezín, en cuyo campo nazi estuvo internada su madre, el protagonista de Sebald advierte que «lo más llamativo y hasta hoy, para mí, incomprensible de ese lugar, dijo Austerlitz, fue desde el principio que estaba desierto» (189-190). En las páginas de Muñoz Molina, el sefardí de origen húngaro Isaac Salama, cuyas hermanas y madre fueron también exterminadas durante «la gran noche de Europa» (49), dice que «un poco antes de morirse mi padre me pidió que visitara el campo y le prometí que lo haría. ¿Y sabe lo que hay allí? Nada, un claro en el bosque. El cobertizo de una estación y un letrero oxidado» (150).

Liminares son los espacios en los que se desarrollan las partes más relevantes de ambas obras. Al igual que sucede con la doble valencia de «Sefarad», el limbo aparece en su tangibilidad física tanto como en sus variantes metaforizadas. Las fronteras acechan: algunas se cruzan por presiones políticas; otras, que no figuran en ningún mapa, van estrechando su cerco progresivamente hasta alienar al sujeto sin que éste haya cambiado siquiera su emplazamiento. Los procesos que llevan a determinadas comunidades a expulsar de su círculo de aceptación (o de simple indiferencia) a ciertos individuos no requieren que haya obrado en éstos ninguna variación aparente. Pero las heterofobias no son necesariamente unidireccionales. Así, nos encontramos con la invisible división que en *Sefarad* separa al judío alemán de sus vecinos, que ya no lo perciben como solían, pero también con el del enfermo que se siente súbitamente excluido del colectivo de los sanos desde que tiene noticia de su enfermedad terminal. Análogamente, para Austerlitz, atravesar el umbral ontológico que lo cautiva hasta la patología conlleva confrontar el engaño sobre el cual se asienta su existencia toda: «En algún momento del pasado», reflexiona, «he cometido algún error y ahora estoy en una vida falsa» (214). En ambas novelas la voz narrativa se recrea especialmente en los momentos en que la existencia propia pasa a ser una desconocida para los que la viven; la alteridad que el yo supone para los demás (y que normalmente resulta inapreciable para uno mismo) se vuelve opaca, visible, hasta que se renuncia a participar del flujo de aquello que externamente se impone como normalidad: «... eres el sentimiento del desarraigo y de la extrañeza, de no estar del todo en ninguna parte, de no compartir las certidumbres de pertenencia que en otros parecen tan naturales o tan fáciles, la seguridad con que muchos de ellos se acomodan o poseen, o se dejan acomodar o poseer, o dan por supuesta la firmeza del suelo que pisan, la solidez de sus ideas, la duración futura de sus vidas» *(Sefarad,* 454). Tal parece ser una de las paradojas características de Europa, espacio marcado tanto por una alta densidad histórica que contribuye decisivamente a afianzar la identidad de las comunidades que la componen, como por una masiva experiencia de la errancia, ya sea buscada o impuesta, y que puede, por lo tanto, entenderse respectivamente como experiencia de emancipación o de exclusión. Y así resulta asimismo formativa de identidad, aunque esta sea una identidad que desafíe los términos esencialistas desde los cuales queda constituida tradicionalmente en su modalidad más *arraigada.*

El viaje destaca como vivencia fundacional del imaginario europeo y es, también, un elemento ambivalente en las dos narraciones que nos ocupan, al marcar por un lado —en cuanto extravío o deportación— la desintegración del individuo (tanto física como espiritual), y por otro su odiseica entrega a la búsqueda de una identidad a lo largo de Europa. En ambas el tren tiene una función simbólica determinante. Sus estaciones son, según Austerlitz, «lugares de felicidad y desgracia, en medio de las más peligrosas y ... totalmente incomprensibles corrientes de sentimiento» (38). La Central de Amberes, donde se da el primer encuentro entre Austerlitz y su anónimo interlocutor, es el escenario y el objeto que impulsa sus digresiones iniciales, las cuales versan sobre la manera en la que construcciones monumentales como aquélla, o como las fortificaciones a cuyo estudio ha dedicado su vida el protagonista, representan los empeños que en su grandiosidad «traicionaban de forma más evidente nuestro grado de inseguridad» (18). Austerlitz da a entender que el afán por controlar los movimientos de las personas y el tiempo —pues se menciona que la armonización de horarios en Europa es una consecuencia de la expansión del ferrocarril— o bien la ansiedad por contener la supuesta amenaza de los forasteros, resulta en último término una vanidad monstruosa, materializada en esas deshumanizadas construcciones, y que contiene *ab ovo* el germen de su futura ruina. Sebald pone en tela de juicio la «solidez de las ideas» sobre la cual se sustenta la episteme europea al destacar la inhumanidad inherente a ciertas formas de racionalismo, algo que ejemplifica por medio de digresiones sobre la absurda hipertrofia de la arquitectura monumental de los Estados modernos, disciplina cuya historia investiga Austerlitz. La concepción de una Europa levantada como fortaleza frente al asedio de los «bárbaros» que llaman a sus puertas atraídos por su prosperidad, y que con su llegada masiva amenazarían la pretendida esencia de su identidad, participa por extensión en «la insensatez de la ciencia de la fortificación y el asedio» (21) ilustrada en estas brillantes páginas que alegorizan la «construcción» de la Unión Europea.

Ni Sebald ni Muñoz Molina tienen como objetivo final repudiar de plano la noción de una identidad europea. Lo que ambos problematizan es la viabilidad moral de un proyecto cuyos antecedentes más inmediatos llevaron las cuestiones de la identidad hasta extremos catastróficos, pues, como explica Zygmunt Bauman, el régimen nazi perpetró el exterminio bajo la aspiración de lograr la homogeneidad cultural del continente. El ideal europeo que en ambas obras se postula es el de un espacio espiritual unido por las suturas de unos ferrocarriles sobre los cuales viajaron innumerables ciudadanos hacia la precaria posibilidad de un refugio o hacia su exterminio a manos de otros. En dicho ideal no tiene cabida el dogma identitario, demasiado ligado a diferentes formas de exclusión, aunque tampoco se decante por un relativismo que abogue por identidades fluidas o fragmentarias. Se da a entender que los mismos principios de sufrimiento y resistencia que caracterizaron las horas más sombrías de la historia del continente han permeado las conciencias hasta convertir el principio de excepcionalidad de esas tragedias en uno de los fundamentos del proyecto humanitario europeo. Su reconocimiento como componente insoslayable del pasado es una condición ineludible para el vigor de la idea de Europa, que sin este ejercicio de autoexamen viviría, como el propio Austerlitz, de una «memoria sustitutiva y compensatoria» (143), bajo la sospecha de que «en realidad no tenía memoria ni capacidad intelectual, ni una verdadera existencia» (126). Ahora habrá que ver si estos principios, que parecen haber armonizado —al menos temporalmente— la convivencia entre los europeos, resisten como un referente ante el desafío que presenta la continua emergencia de nuevas alteridades.

L. M. E.—UNIVERSITY OF IOWA (EE. UU.)

Bibliografía citada

BAUMAN, Zygmunt (1989). *Modernity and the Holocaust,* Ithaca, Cornell University Press, 1989.

JUDT, Tony (2005). *Postwar: A History of Europe since 1945,* Penguin, 2005.

MATE, Reyes (2006). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin «Sobre el concepto de Historia»,* Madrid, Trotta, 2006.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (2001). *Sefarad. Una novela de novelas,* Madrid, Alfaguara, 2001.

SEBALD, Winfried Georg (2001). *Austerlitz,* trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Anagrama, 2004.

SEMPRÚN, Jorge y DE VILLEPIN, Dominique (2006). *El hombre europeo,* trad. de Inés Belaustegui Trías, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

INSULA 733-734

EL RETO DE LA LITERATURA COMPARADA. IN MEMORIAM CLAUDIO GUILLÉN

(Coordinado por Antonio Monegal, Universitat Pompeu Fabra)